

Orlando, Virginia

Roma Caput Mundi: la presencia de Roma en la mentalidad tardo-artigua y medieval

XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos

19 al 23 de septiembre de 1994

Orlando, V. (1996). Roma Caput Mundi: la presencia de Roma en la mentalidad tardo-artigua y medieval. XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos, 19 al 23 de septiembre de 1994, La Plata. EN: Actas del XIII Simposio Nacional de Estudios Clásicos. a Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios Latinos. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.7080/ev.7080.pdf

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

ROMA CAPUT MUNDI : LA PRESENCIA DE ROMA EN LA MENTALIDAD TARDO-ANTIGUA Y MEDIEVAL

Virginia Orlando
Universidad de la República (Montevideo -Uruguay)

Este trabajo trata del lugar asignado a Roma por el discurso literario de fines de la Antigüedad hasta el Medievo, entendiendo por Roma no el mero referente geográfico sino el referente mítico (en el sentido de Barthes, 1957¹) que identificaba a esa ciudad con la esencia de la civilización latina y el símbolo de la unidad imperial.

Cuando Rutilio Namaciano, poeta de origen galo, escribe su poema *De Reditu Suo* (415 d.c. aproximadamente), no hacía demasiado tiempo que Roma había sido invadida y saqueada por Alarico al mando de un ejército de visigodos (410 d.c.). Pese a ese hecho, indicio claro de la desintegración de un mundo que había conocido el primado de esa ciudad en la esfera política, social y cultural, la dominación universal de Roma es celebrada por este aristócrata pagano con una convicción inconvencible:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam:
Profuít iniústis te dominante capi:
Dúmque offers victis proprii consortis iuris,
Urbem fecisti, quod prius orbis erat.* (vv. 63-66)

(Te constituiste en una patria para distintas razas: tu dominación fue benéfica para los enemigos. Ofreciendo a los vencidos la oportunidad de participar en tus derechos, convertiste en Urbe lo que antes era el orbe.)

*Tu quoque, legiferis mundum complexa triumphis.
Foedere communi vivere cuncta facis.
Tè, Dea, te celebrat Romanus ubique recessus,
Pacíficoque gerit libera colla iugo.
Omnia perpetuos quae servant sidera motus
Nullum viderunt pulchrius imperium.*" (vv.77-82)

(Tú que colmas al mundo con tus triunfos portadores de leyes, haces vivir a todos

1- De acuerdo con Barthes, el mito normaliza las representaciones que una determinada clase social "...se hace y nos hace de las relaciones del hombre y del mundo." (1957:235). Practicadas en el marco de la nación, esas normas sociales aparecen como las leyes evidentes de un orden natural, aun cuando sean tributarias de la forma de pensar, en nada natural o universal, de esa determinada clase social.

los pueblos bajo las mismas normas. A tí, diosa, a tí honra el romano aun en los lugares más alejados, y mantiene su cuello libre bajo un yugo pacífico. Los astros que mantienen un movimiento perpetuo jamás vieron dominación más noble.)

Rutilio se vuelve hacia Roma, su ciudad amada, seguro del renacimiento, entendiendo por tal la capacidad de convertir los males en un mejoramiento:

Abscondat tristem deleta iniuria casum:

Contemptus solidet vulnera clausa dolor.

Adversis solemne tuis sperare secunda: (vv. 119-121)

(Que el olvido de las injusticias oculte la triste caída, que el desprecio por el dolor cierre las heridas. Ha sido tu costumbre esperar una nueva oportunidad en las adversidades.)

Illud te reparat quod cetera regna resoluit:

Ordo renascendi est crescere posse malis. (vv. 139-140)

(Lo que debilita a otros reinos te da nuevas fuerzas: poder engrandecerse a partir de los males es el destino del renacimiento.)

Así, mientras San Agustín ataca al *imperium sine fine* virgiliano, negando validez al *auspicium* pagano de la eternidad de Roma, y Orosio se esfuerza por interpretar la obra de los futuros “grandes reyes” bárbaricos, Rutilio evoca un fantasma augusteo, el de la Roma eterna:

Quae restant nullis obnoxia tempora metis,

Dum stabunt terrae, dum polus astra feret. (vv.137-138)

(El tiempo que te resta no está sometido a límite alguno mientras exista la tierra y el cielo tenga estrellas.)

Mazzarino (1961: 57) señala que estas son...*ideas fósiles, grandiosas aunque sepultadas...*

En todo caso sepultadas para un hombre del s. XX, que interpreta los acontecimientos históricos bajo la perspectiva del conocimiento sobre el real devenir del Imperio romano; no parece ser que esas ideas fueran fósiles y sepultadas para un aristócrata romano (por adopción) como Rutilio Namaciano, contemporáneo de las catástrofes del s. V.

La propia educación recibida por éste (formado en los valores religiosos y morales del paganismo ilustrado del estrato aristocrático) transmite la creencia de una Roma eterna:

...comme il convenait dans la perspective classique, Rome s'est pensée elle-même sub specie aeternitatis, sous la lumière immobile d'un éternel présent. Elle se croit éternelle parce que, grâce à elle, l'humanité civilisée a pu attendre un stade normal de maturité, un ordre si stable qu'il ne subsiste plus de raisons de l'altérer ni de l'ébranler... (Marrou, 1965: 423)

La idea del *ordo renascendi* de Rutilio responde así a su formación clásica, más precisamente a vertientes filosóficas y religiosas que tienen una determinada concepción del mundo. Roma *sub specie aeternitatis*, su capacidad de regenerarse periódicamente *ad infinitum* instaurada en la época augustea, está presente y con fuerza en el pensamiento del poeta; no es un mero “fantasma augusteo” sino una

concepción vigente en el sector de la población representado por el poeta, es decir, la aristocracia pagana.

Para interpretar correctamente el valor de un testimonio literario como el de Rutilio, a primera vista anacrónico y fuera de la realidad, se vuelve necesario revisar algunos aspectos religiosos y filosóficos del papel asumido por Roma en la historia cultural de la civilización latina.

De acuerdo con Mircea Eliade (1951), las sociedades “tradicionales” o “pre-modernas” como la romana muestran un manejo del tiempo en el que se presenta un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes: el calendario religioso conmemora a lo largo de un año las fases cosmogónicas ocurridas ab origine y el año sagrado repite sin cesar la creación. El pueblo romano “...vivió sin cesar con la obsesión del *fin de Roma*’ y buscó innumerables sistemas de renovatio...” (Eliade, 1951: 72)

La concepción cíclica de la desaparición y de la reaparición de la humanidad tuvo enorme importancia en el mundo helénico y romano: en el s. III a.c. la cultura helénica conocía la doctrina caldea del “Año Magno”, que consideraba al universo como eterno, pero aniquilado y reconstruido periódicamente cada “Año Magno”. La idea reaparece en el pensamiento de Zenón y toda la cosmología estoica. El mito de la *ekpyrosis* (combustión universal) gozó de reconocimiento entre los s.I a.c. y III d.c. en todo el mundo romano-oriental.

De acuerdo con el mismo, el fin del mundo, anunciado por la caída de Roma y la destrucción del Imperio romano (primera de una serie de catástrofes) se daría por medio de un fuego purificador luego del cual los hombres conocerían una nueva edad de oro que llegaría hasta el séptimo milenio; posteriormente una *ekpyrosis* universal reabsorbería al mundo entero por el fuego, dando lugar al nacimiento de un nuevo mundo eterno, justo y feliz, libre del reinado del tiempo.

Los motivos del “eterno retorno” (recuperación periódica de la existencia anterior por todos los seres) y del “fin del mundo” se popularizaron paulatinamente y dominaron la cultura grecorromana con el pasar del tiempo.

El aspecto interesante de estas posturas es lo que Eliade (1951) da en llamar su “carácter optimista”, es decir la conciencia de normalidad de la catástrofe cíclica, la certeza de que tiene un sentido y que jamás es definitiva.

A esta orientación “tradicional”, donde el tiempo cíclico se regenera periódicamente *ad infinitum* se contrapone una orientación “moderna”, presente en la religión judía, del tiempo finito entre dos infinitos atemporales. Los infortunios provocados por fenómenos climáticos (sequía, inundación, etc.), invasión (incendios, esclavitud, humillación, etc.) o injusticia social son considerados como un castigo infligido por Jahvé. Ningún sufrimiento es vano puesto que más allá del “acontecimiento” puede entreverse la voluntad de Dios. Aquí se observa por vez primera el descubrimiento de un tiempo de sentido único, puesto que los hechos se precisan en un momento y en un lugar. De todas formas, el mesianismo no se diferencia tanto de las concepciones antihistóricas, puesto que la regeneración anual del cosmos se proyecta ahora en un *illo tempore* futuro que le restituirá su pureza e integridad originales. También aquí hay muestras de un “carác-

ter optimista” presente en la desvalorización del momento contemporáneo, en la medida que buena parte de los hombres ve en el agravamiento de la situación los signos anunciadores de la regeneración que necesariamente debía seguirle.

El hombre contemporáneo de una época desastrosa, que tomaba conciencia del lugar ocupado por ese período en la curva descendente del ciclo cósmico, interpretaba los sucesos enmarcándolos en esas distintas vertientes filosófico-religiosas. Así, ambas orientaciones mencionadas fueron el instrumento interpretativo manejado por los individuos protagonistas de las fuertes tensiones históricas que culminaron con la caída de Roma.

Antes de mostrar algunos ejemplos complementarios al de Rutilio por ser expresión de la otra orientación de pensamiento, es necesario indicar que dos creencias asediaron siempre al pueblo romano:

- la duración de Roma había sido decidida en el mismo momento de su fundación (número místico revelado por las doce águilas vistas por Rómulo)

- Roma llegaría a su fin por una *ekpyrosis* universal, luego del “Año Magno”.²

Tal como lo indica Eliade (1951), la historia misma de Roma se encargó de desmentir esos temores hasta una época muy avanzada. Cada vez que los acontecimientos históricos eran de naturaleza catastrófica, los romanos creían que Roma se hallaba en vísperas de su derrumbamiento, pero en función del mito del eterno retorno y de las edades regresivas esperaban que el paso de una edad a la otra pudiera realizarse sin *ekpyrosis* universal.

El reinado de Augusto pareció instaurar una *pax aeterna* luego de un período crítico. Entonces se interpretó como cierto el hecho de que el pasaje de la edad de hierro a la edad de oro se realizara sin *ekpyrosis*, y se supuso que las guerras habían sido los signos de transición de una edad a otra. Esas guerras junto con las destrucciones y sufrimientos históricos en general no eran entendidos como signos precursores de un pasaje, sino como el pasaje en sí mismo.

En un pasaje de la *Eneida*, Júpiter asegura a Venus que no existen límites espaciales ni temporales en la duración del poder romano (lo que podría interpretarse como un intento por parte de Virgilio de tranquilizar a los romanos acerca de la duración de la ciudad):

*his ego nec metas rerum nec tempora pono:
imperium sine fine dedi.* (I, vv. 278-279)

(No señalo límites ni a su poder ni a su duración, le he otorgado una dominación sin fin.)

Y precisamente después de la publicación de la *Eneida* Roma era proclamada *urbs aeterna*, y Augusto su segundo fundador. Se difundía así la idea de que Roma podía regenerarse *ad infinitum*.

Naturalmente, la edad de oro instaurada por Augusto sólo sobrevivió por lo que creó en la cultura latina. La historia se encargó de desmentir la “edad de oro” luego de la muerte de Augusto, y los contemporáneos volvieron a vivir esperando un desastre inminente. Cuando Roma fue ocupada por Alarico, pareció que triunfaba el signo de las doce águilas de Rómulo: la ciudad había entrado en su duodécimo y últi-

2- El “Año Magno” determinaba la duración de Roma en 365 años: cada día de ese “año” coincidía con un año de vida de la ciudad.

mo siglo de existencia. Sólo San Agustín se esforzaba por demostrar que nadie podía conocer el instante en que Dios decidiría poner fin a la historia, y que, en todo caso, aun cuando las ciudades tuviesen por su propia naturaleza una duración limitada, por ser la de Dios la única "ciudad eterna", ningún destino astral podía decidir la vida o la muerte de una nación. El pensamiento cristiano tendía así a superar definitivamente los viejos temas de la eterna repetición... (Eliade, 1951: 125-126)

Mientras que la ocupación y saqueo por parte de Alarico había parecido a los contemporáneos de aquel drama el signo del fin de un mundo, seguramente del mundo, San Agustín y Orosio, también contemporáneos del hecho, trataron de reconocer en ello al juicio divino. San Jerónimo, por su parte, daba muestras de su desesperación :

Postquam vero clarissimum terrarum omnium lumen extintum est,

immo romani Imperii truncatum caput et, ut verius dicam,

in una Urbe totus urbe interiit,

obmutui et humiliatus sum, et silui a bonis,

et dolor mens renovatus est;

concaluit cor meum intra me,

et in meditatione mea exsarcit ignis. (Prólogo a Ezequiel, XXV, cc. 14-16,

y salmo 38, 4 y ss.)

(Cuando se extinguió la luminaria clarísima de toda la tierra, cuando le fue cortada la cabeza al Imperio romano y, para decirlo exactamente, cuando en la ruina de una urbe pereció el orbe entero, enmudecí y guardé silencio, se encontró mi dolor, mi corazón se enardecía y las llamas encendieron mis pensamientos. Trad. de V. Cicalese.)

Sin embargo, y pese al desarrollo de los acontecimientos históricos, Roma seguiría siendo una presencia de enorme peso a lo largo de todo el Medioevo, tal como lo demuestran distintos testimonios históricos y literarios. (Más adelante me referiré a un caso en particular, el de las elegías escritas por Hildeberto de Lavardin en el s. XII.) De hecho se advierte una continuidad entre Antigüedad y Medioevo en la percepción del primado político, social y cultural de Roma.

¿De qué manera se dió esa preservación de su sitio preponderante ocupado durante la Antigüedad también en la Edad Media?

Un primer comentario relevante al respecto es hecho por Foucault (1975-1976):

En el medioevo Roma estaba todavía presente y funcionaba como una especie de presencia histórica permanente y actual. Era percibida como el punto de salida de mil canales que atravesaban Europa y reconducían todos al mismo origen. No se debe olvidar que todas las historias políticas nacionales (o pre-nacionales, si se quiere) que se escribían en esta época, tenían siempre como punto de partida un mito troyano. Todas las naciones de Europa reivindicaban el hecho de haber nacido de la caída de Troya. Reivindicar este origen significaba que todas las naciones, los estados y las monarquías de Europa eran hermanas de Roma (...) En suma: Roma permanece siempre presente, incluso a través de los reinos que aparecen a partir de los siglos V y VI, en la conciencia histórica del medioevo. (Foucault, 1975-1976: 58)

A su vez Curtius (1948) indica que Roma sobrevive en el Medioevo como un fenómeno más vasto que la supervivencia de la lengua y la literatura latinas. Ya con Ovidio (*Ars Amandi*, I, 174) ...se crea la identificación de *orbis* ('universo') y *urbs* ('Roma'), que en la época de Constantino se hizo inscripción monetaria, esto es, término del derecho público, y que aún sobrevive en la fórmula de la curia papal *urbi et orbi*. Al elevarse el cristianismo a la categoría de religión del Estado, el universalismo de Roma adquirió un doble aspecto, pues al Estado se unió la pretensión de soberanía de la Iglesia... (Curtius, 1948: 51)

La propia filosofía de la historia de San Agustín contribuyó a crear la conciencia de que la Edad Media era continuación de Roma. Su visión histórica de los cuatro reinos del mundo es una interpretación alegórica tomada de las profecías del *Libro de Daniel*. El último de estos reinos, el romano, corresponde a la edad de la senectus y dura hasta el fin del mundo temporal, el cual ha de terminar con el descanso eterno. Así la espera del fin de los tiempos quedaba incorporada al pensamiento medieval, pues los autores de la Edad Media aluden incesantemente a esa idea.

La imagen de la antigua Roma y el esplendor de su gloria incomparable subsiste en el medioevo.

Quanto più i tempi sono calamitosi, quanto più aspra la vita, tanto più sollecito e appassionato par che si drizzi il sentimento verso quell'indimenticabile paragone d'ogni grandezza (...) Decaduta dalla signoria politica, vinta, conculcata, la citt. ... regina risorge armata di nuova potenza e, fatta centro della fede, riconquista sui popoli un nuovo dominio, più sicuro e più formidabile dell'antico. (Graf, 1882:1)

No sólo las crónicas históricas escritas en Italia durante los siglos X, XI y XII recuerdan la ciudad (así como el imperio y la vida de los romanos ilustres) refiriéndose a Roma como *mater urbis*, *mater imperii*, *domina mundi*, *caput mundi*. Estos epítetos aparecen también en monumentos y documentos de diversa índole, incluyendo los sellos de Enrique II, Conrado II, Lotario II, Federico II y Ludovico el Bávaro (1002-1347), donde una imagen de Roma es acompañada por el famoso verso

Roma caput mundi regit orbis frena rotundi (cfr. Graf, 1882: 10).³

Para terminar me referiré a *De Roma*, una de las dos elegías dedicadas a Roma compuestas por Hildeberto de Lavardin († 1130 aprox.) , la cual gozó de gran celebridad durante la Edad Media.⁴

Arzobispo de Tours, Hildeberto tuvo la oportunidad de visitar Roma durante el ejercicio de sus funciones, reconociendo allí los restos de un pasado imperial grandioso y desolado, presente en cada rincón de la ciudad, y al cual había accedido previamente en sus lecturas acerca de la historia romana republicana e imperial durante su formación en Le Mans.

En esta elegía la destreza métrica de Hildeberto aparece en su punto máximo, quizás porque éste es un tema especialmente querido al poeta. El narrador observa las vastas ruinas del Palatino y del Foro, los mármoles que aún restan en los

3- Esto no quita que al mismo tiempo existiera una no infrecuente manifestación de profunda tristeza y desazón frente a la ruina de Roma.

4- Gran lector de los poetas clásicos, en sus años de madurez Hildeberto se dedicó a la literatura, dejando una vasta colección de poemas.

muros y los arcos, las estatuas de antiguos dioses que aún no han sido destruidas o fundidas y cuya belleza le resulta sobrecogedora:

Par tibi, Roma, nihil, cum sis prope tota ruina

quam magni fueris integra, fracta doces.

Longa tuos fastus aetas destruxit, et arces

Caesaris, et superum templa palude jacent. (LXIII, 1-4)

(Nada se te compara, Roma, aun cuando estás en ruinas. En tus restos enseñas cuán grande has sido. Un largo tiempo destruyó tus fastos: arcos cesareos y elevados templos se hunden en el pantano.)

Toda la ciudad le habla, revive y adquiere un significado que rememora la majestuosidad de la Roma imperial.

Hic superum formas superi mirantur et ipsi,

Et cupiunt fictis vultibus esse pares.

Non potuit natura deos hoc ore creare

Quo miranda deum signa creavit homo.

Vultus adest his numinibus, potiusque coluntur

Artificum studio, quam deitate sua. (LXIII, 29-34)

(Aquí hasta los propios dioses se maravillan con las representaciones de los dioses, y desean igualarse a los rostros esculpidos. La naturaleza no pudo crear deidades con tales facciones: entonces el hombre creó sus imágenes para ser admiradas. Los rasgos favorecen a las divinidades, y se venera más a la obra artística que a su naturaleza divina.)

Cerraré esta breve reflexión acerca de la presencia de Roma, vital tanto a fines de la Antigüedad como durante la Edad Media, con una afirmación de Raby (1934). Al referirse a la elegía LXIII de Hildeberto, Raby indica que el “sentido del pasado” caracteriza a muchos poetas de la época, y no sólo a poetas. En las grandes luchas del s. XII, en las polémicas de las ideas sociales y políticas de la época, en el resurgimiento de la ley romana

...the past rose again, as it were, before the imagination of men, and began to dominate the present... (Raby, 1934: 325)

Bibliografía

Barthes, R. *Mitologías*. México - Siglo XXI, 1988. (1a ed. 1957)

Castorina, E. *Claudio Rutilio Namaziano*. De Reditu. Firenze - Sansoni, 1967.

Cicalese, V. *Ambrosio y Jerónimo*. Dos grandes escritores romanos. Montevideo, 1987.

Curtius, E.R. *Literatura europea y edad media latina*. México - F.C.E., 1975. (1a. ed. 1948)

Eliade, M. *El mito del eterno retorno*. Barcelona - Planeta Agostini, 1984. (1a ed. 1951)

Foucault, M. *Genealogía del racismo*. Montevideo/Buenos Aires - Nordam/Altamira, s/d.

Graf, A. *Roma nella memoria e nelle immaginazioni del Medioevo*. Torino, Er-

manno Loescher, 1882.

Marrou, H.I. *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*. Paris - Ed. du Seuil, 1965.

Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*. México - UTEHA, 1965.

Raby, F.J. *A history of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*. Oxford - Clarendon Press, 1967, (1a ed. 1934)

Vésserau, J. y F. Préchac *Rutilius Namatianus. Sur son retour*. Paris - Les Belles Lettres, 1933.